

DISCURSO

LEIDO POR EL LIC. CARLOS LARRAZABAL BLANCO, ACADEMICO NUMERARIO.

Señores:

Un mandato nos trae a este tribunal hoy, el de la Academia Dominicana de la Historia, que celebra con fuerza de júbilo y alabanza el centenario del natalicio de Don Emiliano Tejera que vino al mundo el 21 de septiembre de 1841.

Este mandato lo acogemos gustosos porque somos disciplinados y amamos todo lo espiritual.

Por deber y con amor, pues, comparecemos ante vosotros, que nos vais a escuchar, y, además, para ungirnos con el sagrado óleo del recuerdo de varón tan preclaro.

La personalidad de don Emiliano Tejera es suficientemente conocida, no vamos, pues, a tratar de ella para descubrirla o para señalarla.

En el corazón de todos los dominicanos debe existir un recollo de veneración para el hombre que fué un prócer ilustre y excelso. Prócer, porque fué siempre activo propulsor e instigador de pensamientos y de cometidos nobles, al servicio de los cuales puso una poderosa voluntad, una clara inteligencia y una conciencia sana y recta. Prócer porque vino a ser cabeza visible, jefe, dignatario del más acendrado civismo dominicano.

Su personalidad es inconfundible, fuerte y sin contradicciones. Vivió siempre en la dirección de su "premisa mayor", y permítasenos la expresión y los conceptos de Aldous Huxley. Nunca erró su propio camino. No se traicionó a sí mismo jamás, y, por tanto, su vida nunca perdió sentido. No imitó premisas mayores ajenas, no falseó su propia esencia personal. Nada en él hubo de vida ficticia, nada en él de la tipología del poseur, nada en él de fatuidad.

Mucho pudo en la formación de este arquetipo de persona moral la fuerza biológica de sus ancestros y una propia fuerza impulsadora de su espíritu autocreador por excelencia. Nada, o muy poca cosa debe a las influencias educadoras de la escuela, pobre y desmedrada en el lapso de su infancia, y a las influencias del ambiente que se debatía, a veces estérilmente, otras apuntando errores, y otras con el sino fatal de lo trágico, por la estabilización de una república democrática y libre.

Los fundadores de la progenie Tejera en Santo Domingo fueron don Antonio Tejera, militar

del arma de la artillería, natural de Zaragoza, y doña Manuela de Castro y Miranda, oriunda de las Islas Canarias, que se unieron en Santo Domingo a mediados del siglo XVIII. Un descendiente de este tronco, don Juan Nepomuceno Tejera y Tejada casó con la virtuosa dama Ana María Penson, hija del tronco fundado en los comienzos del siglo XIX por el marino inglés, natural de Londres, Nicholas Penson, hijo de Thomas Penson y de Elizabeth Tripe, que casó con Ursula Herrera, hija de Pedro de Herrera y de Tomasina de Frómata, ambos de viejos abolen-gos criollos. Don Juan Nepomuceno Tejera y doña Ana María Penson fueron los padres de don Emiliano.

Existen caracteres en la vida pública y en la vida privada del gran dominicano, que nos enaltece hoy al proferir su nombre y tratar de él en este trabajo, que nos lleva a pensar en la fuerza de la herencia. Existe cierta reciedumbre de alma en la estirpe Tejera. Pensamos en la típica tozudez e intolerancia españolas, en la apatía criolla y en la persistencia sajona. Pero, en don Emiliano, por esa estructura propia espiritual que lo conformaba, estas cualidades, dentro siempre, del tono de aquella reciedumbre, cayeron del lado de lo bueno, lo bello y lo útil, sesgaron hacia el camino de lo honorable, lo honesto y lo probo, sublimaron en virtudes plenas de nobleza.

Por de fuera, para el común de las personas y para las gentes vulgares, y, aun para muchos que lo trataron de cerca, había en don Emiliano mucho de hurano e intransigente. Lo creían, un hombre raro; y, precisamente, esto de raro fué, en vez de un tildado, un calificativo justo. Ese concepto llevaba dentro de sí, a la vez que una declaración de incapacidad para comprenderlo, un transigir con su carácter, un tolerar, una especie de adivinar, de vislumbrar los tesoros de aquel gran espíritu.

Considerada biológicamente, la personalidad de don Emiliano corresponde a un fenotipo especialísimo, original. Los genes Tejera, las fuerzas genotípicas de esa estirpe canario-aragonesa, a no dudarlo, han influido poderosamente, así como, también las fuerzas genotípicas de las estirpes criolla y sajona, únicamente que las situaciones vitales por las que atravesó no ejercie-

ron, en la creación de su fenotipo, sino influencias en sentido contradictorio. Una revisión sincrónica del ambiente histórico en que se desenvolvió harían fácilmente caer en la cuenta de la verdad de este acerto.

Las fuertes y permanentes corrientes culturales que educan a los pueblos y que crean ambientes propicios a los grandes espíritus, no existieron en su época. De la oscuridad de la dominación haitiana, pasó la Patria a estar a merced de la ambición, la incompreensión y la falta de ideales de los fuertes que tomaron a su cargo el manejo de la cosa pública. De falta de ideales se afixió muchas veces la República. Por falta de espiritualidad en los que dirigieron, por una pésima educación ancestral, ese conglomerado de valores que hacen de todo pueblo un conjunto espiritual, es decir, costumbres, moral, artes, poesía, ciencia, derecho, escuela, Estado, Iglesia, no brindó al ilustre Tejera, en conjunto de fuerzas sintéticas y armónicas, la savia vigorosa que a aquel robusto tronco parece sacó de dentro de sí mismo.

Aquella tozudez e intolerancia ingertada en su sangre por sus progenitores de Aragón y de las Islas Canarias, se transforman, sesgan, se geometrizan en su espíritu, y valga la expresión, en una línea recta, en un triángulo o en un círculo, donde, si es línea, existe una temeraria dirección de puntos que siguen su sempiterno camino hacia la infinitud; donde, si es triángulo, no se puede tolerar que la suma de los ángulos sea mayor o menor que la de dos rectos; donde, si es círculo no se puede transigir con que los puntos de la circunferencia disten desigualmente del centro. Y esto así, don Emiliano protesta, cuando hay que hacerlo; dice la verdad, desnuda, escueta, lacerante, cuando hay que decirla y a quien decirla. Don Emiliano no tolera lo que se desca mina de lo justo, lo recto, lo exacto.

La apatía que corre por la sangre de sus venas, heredada de sus ancestros criollos, o que pudo ser enseñada y alimentada por el ambiente circundante, aquel espíritu de selección no la dejó asomar. Esa modalidad temperamental, fisiológica, climática, se transforma en lo contrario, cuando precisamente es necesario que se transforme, y aparece en él, en vez de un simple y etimológico "no padecer", una vivaz, sana y robusta pasión. El "¿para qué?" de la apatía jamás fué su frase. No se dijo: "¿para qué una patria libre?" dejando, a la vez, discurrir tranquilamente la idea santanista de la anexión a España. No. Unos veinte años tenía entonces, y

se lanzó en la palestra restauradora. Protestó, no toleró, no transigió, no claudicó, fué tozudo y con la pluma, como espada o banderín, se hizo trajinero de los más elevados ideales de bien patrio. Nada de apatía en su espíritu sino toda pasión. Pasión para Tejera, fué la Patria; pasión para Tejera fué la personalidad del Fundador de la República y Redentor de la Patria, Juan Pablo Duarte; pasión para él fué el estudio y la sabiduría; pasión fué la vida del civismo; pasión fué la santidad incólume del hogar.

Nuestro prócer dió una dirección distinta a lo que hemos llamado "persistencia" al señalar en los Tejera un rasgo sajón. Pero, se puede persistir tanto en lo malo como en lo bueno, así como en lo frívolo o de poco valor. En la persistencia del inglés hay de todo. La persistencia inglesa funda un imperio y con ello destruye, si hay que destruir, pero también crea y dignifica la vida civil; la persistencia inglesa da, en los momentos en que vivimos, el ejemplo de un pueblo fuerte, heróico, sufrido y equánime ante los embates de la más despiadada guerra que ojos humanos hayan visto; la persistencia inglesa en fin, permite que la frivolidad del aristócrata mas recalcitrante, o la del simple burgués quede satisfecha plenamente y a través de innumerables generaciones. La persistencia en Tejera es únicamente para todo lo que encierra un valor y para todo lo que entraña un ideal. La persistencia genuina inglesa tiene siempre un tono de egoísmo, la de Tejera es eminentemente altruísta.

Así, con este espíritu pasó don Emiliano Tejera por la vida. Incomprendido muchas veces, pero siempre advertido. I no podía serlo de otro modo. El temple de alma que en él hemos señalado es uniforme, matemáticamente constante. Así son su esencia y su valer, pero existe en él, además una estructura, una forma poliédrica, proteica. Su alma era como foco de luz que emitía ondas de diversas longitudes.

De haber vivido en los dichosos tiempos bíblicos, hubiera sido un patriarca de luengas barbas y rudas sandalias, de cuya boca el pueblo hubiera escuchado palabras santas, consejos llenos de sanidad moral; públicas reprobaciones, sabias profesías. Y, como rezan los Proverbios, manzana de oro con figuras de plata hubiera sido su palabra por diha cuando convenia; patriarca fuerte hubiera sido, por sabio y de pujante vigor, por docto; su enseñanza hubiera sido manantial de vida.

De haber vivido en la Edad Media, don Emi-



liano no hubiera sido un señor de horca y cuchillo, ni un vasallo para rendir pleito homenaje. Hubiera sido un monje hundido entre pergaminos o infolios antiquísimos; perdido entre matraces y retortas en busca de piedras filosofales o preparando recetas polifármacas. Hubiera pasado parte de su tiempo en el exámen del movimiento de astros y planetas, en la consulta de horóscopos, o componiendo tablas cronológicas.

De haber vivido en los tiempos actuales y en otro medio, quizá su intelecto proteiforme lo hubiera llevado al complejo plano de los estudios matemáticos y de la Filosofía y a ponerse al servicio de los grandes problemas de la Física, la Química, la Biología, la Economía Política, la Moral, además de que hubiera sido un decidido campeón de la paz universal y la mutua comprensión de las naciones y los pueblos.

Don Emiliano fué un sabio, y sabio por la fuerza de su espíritu y de su mente. Fué un gran autodidacto que se dirigió por todos los caminos. No sistematizó estudios en Universidad alguna, ni lució en las paredes de su casa diplomas profesionales. El fué para sí mismo, su propia Schola, su propio Stúoium, su propia Universitas, porque el eligió sus propias disciplinas, sistematizó, a su modo, sus propios estudios; y, porque en él mismo se corporizaron el maestro y el estudiante y porque él fué lo unum y lo verum.

Nunca ostentó un título de abogado, sin embargo fué hombre de leyes, fué miembro de legislaturas y de asambleas constituyentes. Fué legislador, pero no sólo en el sentido político y constitucional de la expresión, sino en el que dice el hombre que en su hogar prepara leyes para el pro común y son llevadas al Congreso. No estudió para ninguna profesión en la cual incumbieran las matemáticas, sin embargo preparó una tabla dominicana de pesos y medidas y su equivalencia dentro del sistema métrico decimal. No fué licenciado ni doctor en Medicina, y sin embargo conoció las propiedades de drogas vegetales y minerales, y a su hogar iban los padres de familias a consultarle acerca de asuntos médicos. Sin fungir de dómine filólogo hizo un inteligente acopio de voces indígenas. Teniendo siempre por acicate la justicia y la verdad fué, quizá sin proponérselo, un escritor y un historiador, y siempre que ejerció estos nobilísimos ministerios lo hizo con grandeza porque lo hizo con sinceridad, con ciencia y con amor.

Don Emiliano ejerció en nuestra sociedad, por

esa fuerza de esencia que tenía, y porque su naturaleza era de orden universal, un verdadero patriarcado. A su casa iban jefes del Estado a oírle respecto de asuntos graves de la cosa pública; los políticos, a pedir consejos y orientaciones; los legisladores a pedirle leyes; los padres de familia a pedir salud. Era llamado a las actividades del gobierno a título de capacidad técnica y moral. Por su casa pasaban los idealistas, los que amaban a la Patria y a sus héroes, los que amaban la Historia.

Todos iban a oír de labios del sabio y del profeta una sentencia, un consejo, un consuelo o un reproche.

Y todos iban a escucharlo a su hogar. Ese hogar que era para él santuario y palestra, escuela de civismo e inmaculado baluarte del más puro patriotismo.

Y todos pudieron haber comprendido que aquel hombre, que en nada amó la frivolidad, que tomó siempre la vida por el lado serio y de responsabilidad, sufría su tragedia interior, rumiando en los apartamientos interiores de su casa y en los recodos de su espíritu los dolores y fracasos de la Patria, que los hacía su propios dolores y fracasos.

Y todos pudieron percatarse que aquel hombre, aquel patriota, aquel justo y amator de la verdad, no solo tenía ideas sino ideales, y que éstos, a través de la criba de su intelecto, su moral y su civismo, constituyeron su pensamiento vivo que se sintetizó así:

La Patria debe ser ilbre y soberana, culta y amante de sus leyes, de sus instituciones y de sus tradiciones;

Los límites de la República son los que corresponden a la denominada antigua parte Española de Santo Domingo;

Los restos del Primer Almirante Don Cristóbal Colón descubiertos en Santo Domingo, son los auténticos despojos mortales del Gran Descubridor;

Juan Pablo Duarte es el Padre de la Patria, el fundador de la República y su más esclarecido y puro prócer.

Elevemos hoy, señores, nuestros pensamientos fervorosamente hacia tan ínclito repúblico. Exultemos su memoria, tengamos su civismo por hecho heroico de la más elevada proceridad y afinquemos en nuestros espíritus la esencia y valor de su personalidad.

HE DICHO.

21 de septiembre de 1941.

